EDELVIVES

ALA DELTA

El fantasma del aljibe

Laura Ávila

Cerca del aljibe se tejen historias. Historias de amistad, la de Inés y de Calixto, historias de amor secretas, y también historias de libertad. Todas ellas unidas por un "fantasma" que deambula por el aljibe durante las misteriosas y encendidas noches de mayo de 1810.

LECTORES AVANZADOS

Laura Ávila es guionista, novelista y realizadora cinematográfica.
Ha escrito cinco guiones, sola y en colaboración. Uno de ellos, *Tiempos menos modernos*, está filmándose en la Patagonia argentina.
Sus novelas cuentan cómo era la vida cotidiana en el pasado. *El fantasma del aljibe*, especialmente, recrea las vivencias de una niña en los albores de nuestra Independencia.

ISBN 978-987-642-088-4
CI 103039

EDELVIVES

Al capitán Maicena

1

Donde aparece una luz

Inés se despertó a medianoche con muchas ganas de ir al baño. Trató de resistir todo lo que pudo bajo las mantas, pero la naturaleza la llamó con tanta fuerza que tuvo que levantarse. Encima se tiró un chal, porque sentía el viento golpear contra la ventana. Miró a través de las cortinas entornadas y vio el patio grande, oscuro y silencioso, iluminado únicamente por la luna. Tuvo un ramalazo de miedo.

Se agachó de un salto y buscó la bacina de loza que tenía debajo de la cama. El fondo esmaltado, pintado con florcitas, la llenó de vergüenza.

"¡Ya tengo once años!", se dijo. "¡No me va a asustar un poco de noche!".

Con gesto decidido se levantó y empujó la bacina con el pie.

Abrió la puerta de su cuarto y salió sin hacer ruido.

En el patio desierto le volvió el miedo. La ventolera que venía del río agitaba las sábanas que la Ezequiela se había dejado colgadas en la soga. Parecían fantasmas rondando el aljibe nuevo.

El aljibe viejo estaba más lejos, pasando el rancho de los esclavos, cerca del gallinero. Era un pozo cegado hacía medio siglo por lo menos. Su papá nunca la dejaba jugar ahí. Siempre vivían con miedo de que el terreno se hundiera en esa parte de la casa. Lo único que había quedado de ese pozo era el brocal de adobe, medio carcomido por la humedad y la caca de gallina.

Pasando todo eso, al fondo a la derecha, estaba la letrina. La puerta de madera se movía levemente con el viento.

Inés tragó saliva y corrió con los brazos extendidos, lamentando no haber traído una

luz. Atravesó el patio de los negros, frente al rancho silencioso donde dormían los esclavos, y llegó al baño casi llorando. Abrió la puerta de golpe, esperando encontrar un monstruo. Pero no había nada. Solo el agujero de la letrina rodeado de pulcra madera.

Inés se acuclilló y dio rienda suelta a su vejiga, levantándose las puntas del camisón para no mancharlas.

Qué alivio... Ahora solo quedaba lo peor: salir de nuevo al patio y pasar frente al aljibe viejo, donde seguro había algún fantasma saltando sobre el brocal para que se viniera abajo de una vez por todas.

Inés se acomodó las ropas respirando con fuerza.

"Yo no soy ninguna cobardona, así que voy a salir y voy a mirar el peligro de frente", pensó, casi en voz alta.

Abrió la puerta del baño y lo que vio la hizo retroceder hasta caer sentada en la tabla de la letrina: en el viejo aljibe había una luz, una luz brillante que flotaba alrededor. Nadie parecía sostenerla. Giraba lentamente, como un planeta alrededor de la órbita del brocal.

Inés cerró la puerta temblando. Miró por entre las rendijas y vio que la luz bailaba rondando el pozo, lentamente, hasta que se extinguió sin humear, sin apagarse, como por arte de magia.

Inés trabó la puerta de la letrina y se cubrió hasta las orejas con el chal que había sido de su madre. Tiritaba como un pollo recién nacido.

***

La negra Ezequiela la encontró ahí a la madrugada, cuando armada de balde y estropajo vino a repasar la letrina.

—¡Niña Inés! ¿Es usted o es un espanto? —gritó, cuando la pálida nena se apresuró a desatrancar la puerta.

—Claro que no, zonza. Soy bien Inés.

—¿Y qué hace encerrada en la letrina en vez de estar en su cama?

—... Me quedé dormida, supongo —contestó Inés con prudencia—. Ezequiela era muy supersticiosa y no quería asustarla.

La negra la miró con cierto desaliento.

—Niña, su padre me va a reñir. Él quiere que usted use su bacina.

—Eso es para bebés.

—Ya, pero si se entera de que anduvo hasta acá en medio de la noche, va a pensar que no se la preparé y me va a dar un azote.

Inés contempló a la atribulada Ezequiela. Era una negra joven todavía, alta y derecha como un junco, aunque algunas canas ya le caracoleaban por entre las motas. Inés la quería mucho, por muchas razones, así que bajó un poco el desafío de su voz.

—Está bien, Ezequiela. No digamos nada.

Inés miró a las gallinas que ya se estaban desperezando, la luz grisácea del amanecer sin sol, y también el brocal del aljibe cegado. Ahí no había nada que la hiciera tener miedo, ahora.

—Me vuelvo a la cama, ¿querés?

La negra Ezequiela le acomodó el chal sobre los hombros.

—Amén, mi niña. Y descanse bien si quiere crecer fuerte y linda.

Inés se encogió de hombros. Eso de ser linda le importaba bien poco.

Volvió a la casa tratando de no cruzarse con nadie. El cuarto de su hermano estaba iluminado, pero eso era porque Eduardo estudiaba de noche. En el cuarto de su papá, don Ramiro Molina, todo se veía quieto y dormido.

—Mejor así —murmuró Inés.

Llegó hasta su cama, se acostó y se tapó hasta la barbilla. Pensó en la luz del aljibe cegado, pero dadas las circunstancias, le pareció muy posible que lo hubiera soñado, así que se durmió sin dar demasiadas vueltas en la cama.

2

Donde aparece Calixto

Al día siguiente, Inés desayunó con su hermano Eduardo.

—¿Dónde está padre? —dijo ella, tomando una enorme rodaja de pan y hundiéndola en su chocolate.

Eduardo levantó la cabeza del libro que estaba leyendo. Era un muchacho de diecisiete años, con las mejillas llenas de acné que se empeñaba en tapar usando patillas.

—Se fue a Ensenada, a buscar mercadería.

Don Ramiro Molina era comerciante en telas. Vendía lino, lienzo, sedas, todas piezas hechas en España que llegaban en barcos hasta Buenos Aires. Pero a veces el río tenía

tan poca agua que los buques se enterraban en el barro, así que había que viajar por tierra hasta donde hubiera un lugar mejor para desembarcar las cosas. Por eso el padre había ido a Ensenada.

—Estaría bien que hubiera un puerto más grande, ¿no? —dijo Inés, por decir algo.

—Estaría bien que hicieran las telas acá. Así no habría puerto que valiera —dijo Eduardo con inesperada pasión.

Inés se lo quedó mirando. No entendía bien a ese hermano suyo. Era callado, un poco miope y más bien tímido, ¡pero a veces salía con cada cosa!

—Igual vuelve hoy. Me dijo que te cuidara —murmuró Eduardo, volviendo a su libro.

—¿Qué me puede pasar? Me tiene prisionera acá adentro —protestó Inés.

—No digas eso.

—Es la verdad. Me sacó de la escuelita de las monjas de puro malvado. ¡Ni siquiera me deja jugar con Calixto!

Eduardo contempló a su hermana menor con una mezcla de perplejidad y ternura.

—¿Todavía jugás a la payana?

—¡Claro! Cuando quieras te desafío y te gano.

Ezequiela entró a la cocina con un trapo en la mano.

—¡Termine pronto el desayuno, niña! Hoy tiene clase de bordado.

Inés resopló llena de fastidio.

***

La clase de bordado se la daba su vecina, la menor de las Jonte. Las Jonte eran una familia de cinco hermanas mujeres, con una madre que las criaba con puño de hierro desde que había quedado viuda después de la guerra contra los ingleses.

Sus hijas eran muy habilidosas cosiendo, bordando y cortando moldes para vestidos. Inés se hacía ropa con demasiada frecuencia, principalmente porque terminaba rompiendo todas sus faldas. Le gustaban los juegos un poco violentos, como saltar a la soga, la lucha grecorromana y también, por supuesto, jugar una buena payana, aunque eso implicara andar arrastrándose por el suelo.

Cuando Inés iba a la escuelita de las Catalinas, una orden de monjas que tenía su convento en la ciudad, se divertía más porque había muchas chicas de su edad. Además, las monjas le habían enseñado a leer, a contar y a recitar la Biblia, aunque no la entendiera muy bien. Pero cuando cumplió los diez años, su padre la sacó de la escuela y dio por concluida su educación.

Ante las quejas y los llantos de Inés, que extrañaba todo eso, don Ramiro trajo, sin estar muy convencido, a la menor de las Jonte para que le diera unas clases. Pero Antonia no sabía leer, como muchas de las chicas en ese otoño de 1810. Estudiar con libros era cosa de varones, así que le daba clases de costura.

—Eso que estás haciendo es punto arroz, no punto cadena —advirtió Antonia, contemplando la torcida hilera que Inés había bordado en su bastidor.

—Antonia, ¿alguna vez viste un fantasma?

Antonia se pinchó un dedo con la aguja. Se lo chupó pensativa. Era una linda chica de unos dieciséis años, alta y delicada.

—Nnno. Aunque una vez soñé con uno. Era el fantasma de mi padre.

—¡Qué horror! —dijo Inés, sobrecogida.

Estaban las dos en la sala, sentadas en un silloncito bajo. Tras ellas, en la mesa de recibir, Eduardo estudiaba su latín, aparentemente absorto.

—No, no fue malo —dijo Antonia, sonriendo suavemente—. Se me apareció en sueños justo la noche que murió, hace cuatro años. Me dijo que ayudara a mamá, y que me quería mucho.

—¿Y tenía alguna herida de guerra? —quiso saber Inés.

—¡Niña! —la retó Eduardo desde la mesa. Al parecer, no se había perdido detalle de la conversación.

—Está bien, era solo una pregunta... —se disculpó Inés a regañadientes.

—¿Acaso vos nunca soñaste con tu mamá? —preguntó Antonia.

—No. Ni siquiera sé la cara que tenía —dijo Inés sin una sombra de pena.

Antonia y Eduardo cruzaron una mirada preocupada desde el sillón hasta la mesa.

***

A las tres de la tarde, hora de la siesta, todos dormían en la casa. Todos menos Inés, que corrió las cobijas de la cama en donde se había tendido vestida y se levantó tratando de no hacer ruido.

Llegó hasta el patio grande. Como atraído por una orden telepática, del rancho de los esclavos salió un negro de unos doce años. Vestía una sencilla camisa de lienzo y unos pantalones ceñidos a media pierna. Iba descalzo, así que atravesó sin ruido el patio de los negros y se acercó hasta sentarse al lado de Inés.

—Calixto —saludó ella.

—Niña.

—No me digas niña, zapallo. Soy Inés.

El negro Calixto meneó la cabeza.

—Eso era antes. Ahora somos mayores.

—¡Estás hablando como mi padre! Sos un loro.

Calixto la miró con las cejas fruncidas.

—Bueno, ¿trajiste la payana o no?

—Sí... pero antes te quiero contar algo. Algo que vi anoche.

La cara de Inés llenó de inquietud el espíritu de Calixto.

—Si es algo feo no me lo cuentes.

—No seas miedoso. Vi un fantasma.

Calixto se hizo la señal de la cruz y también tocó su collar de Oxalá, que era un santo de su madre, la Ezequiela.

—¿Dónde?

—En el aljibe cegado.

—No me embromes.

—Estoy diciendo la verdad. Por algo nunca nos dejaron jugar ahí cerca, ¿no? Era una luz sin dueño. Un espíritu luminoso.

Calixto la miró a los ojos, tratando de descubrir si Inés le mentía. A veces se ponía fantástica. Pero Inés le sostuvo la mirada en franco desafío. Estaban los dos casi cara con cara, compitiendo para ver quién bajaba la cabeza primero, cuando en el patio apareció don Ramiro Molina, el padre de Inés, que había vuelto de su viaje.

—¡Qué están haciendo! —bramó.

Los chicos se levantaron de un salto, sorprendidos y asustados. Calixto se escabulló hacia el rancho de los esclavos, pero Inés no

tuvo la misma suerte: don Ramiro la agarró del codo y mientras ella pataleaba la sostuvo casi en el aire.

—¡Será posible! ¡Ezequiela! —exclamó.

Don Ramiro llevó a su hija hasta el rancho de los esclavos. Abrió la puerta de una patada para encontrar a la Ezequiela rindiendo culto a sus santitos africanos.

—¿Así cuidás a mi hija, hereje? —gritó don Ramiro, soltando a la confundida Inés y sacándose el zapato. Inés pensó que iba a estrellarlo en la cabeza de la Ezequiela, pero en cambio el hombre se ensañó con el altarcito de dioses que la negra había modelado toscamente con cera de velas robadas. Destrozó a zapatazos a Oxalá, el piadoso, pero también a Caloé, a Ogún y a Mbumbú.

Ezequiela no entendía nada, pero le bastó ver la carita de Calixto, refugiado bajo las mantas de los camastros, para comprender que, a pesar de todas sus palabras, de sus chirlos y de sus amenazas, su hijo había vuelto a jugar con Inés en el patio grande.

—¡Amo! ¡Ya no sé qué hacer! —gritó.

—¡Yo sí sé que hacer! ¡Voy a vender a tu hijo! ¡Que se lo lleven bien lejos!

—¡No diga eso, por Dios!

—¡Vos no creés en Dios, negra bandida! ¡Mirá lo que hago con estas porquerías! —dijo don Ramiro agarrando los restos de los muñequitos de cera.

Salió del rancho derecho hacia el aljibe cegado, levantó la tapa de madera que lo sellaba y tiró adentro todos los santos de la negra.

Los ojos de la Ezequiela se llenaron de lágrimas. Eso indignó a Inés, que se plantó frente a su padre con las manos en las caderas:

—¡Sos malo! ¡Malo!

—¡No me faltes! ¡Yo soy tu padre!

—¡Y Ezequiela es mi ama de leche! ¡Sin ella yo no hubiera sobrevivido! —chilló con furia. Eso era cierto: como su madre había muerto siendo ella bebé, la negra Ezequiela, que tenía a Calixto de pocos meses, se había encargado de amamantarla.

Don Ramiro miró a su hija a los ojos y descubrió una ira muy parecida a la suya. Eso lo hizo enfriarse bastante: se calzó de nuevo el

zapato con hebilla y se dirigió a Ezequiela, ignorando a Inés por un momento:

—Es simple. Una vez más que los vea juntos y Calixto termina en Patagones, limpiando pájaros bobos.

Ezequiela agachó la cabeza. Calixto, preventivamente, se hizo humo.

Don Ramiro retó a los otros esclavos, que se agolpaban en la puerta del rancho.

—¿Ustedes qué miran? ¡A trabajar! ¡La hora de la siesta se terminó!

Inés tenía ganas de llorar, pero se contuvo por orgullo. Don Ramiro habló sin mirarla:

—Voy a llamar a una monja de las Catalinas. Que te haga rezar cuatro misterios por volverte contra tu padre. Y agradecé que no te encierre en la Casa de Ejercicios.

—¿Por qué? —la voz de Inés tembló—. ¿Qué cosa hice tan mala?

Don Ramiro no le contestó. Le dio la espalda y abandonó el patio de los esclavos.

3

Donde se ven fantasmas reales e imaginados

Inés permaneció castigada en su cuarto el resto del día. Don Ramiro la dejó sin cenar.

Eduardo no se animaba a defenderla, pero no estaba de acuerdo con su padre, así que la cena estaba resultando muy silenciosa, solos los dos frente a la fuente con puchero.

—Esa niña me tiene mal —dijo por fin don Ramiro cuando estaban comiendo el postre.

Eduardo no sabía qué decir. Esperó a ver cómo seguía su padre.

—¡Es tan traviesa! ¡Tan mal dispuesta!

—Es chica todavía, padre —deslizó en voz baja.

—Va a cumplir doce. A esa edad tu madre ya era mi prometida.

A Eduardo lo ponía nervioso hablar de la madre. La extrañaba mucho, pero a su modo callado. No quería compartir esa pena con nadie.

—Inés no piensa en esas cosas, papá. Le gusta jugar y revolcarse por el patio como si fuera un muchacho.

—La hubieras visto hoy, de manos a boca con el negro chico... ¡Parecía que iban a besarse!

Eduardo hizo un gesto de extrañeza.

—Se estiman mucho, padre. Son hermanos, hermanos de leche.

—El único hermano que tiene Inés sos vos, que deberías protegerla en lugar de hablar tantas sandeces.

Eduardo se calló la boca y trató de concentrarse en la compota de manzanas.

Pero don Ramiro ya volvía a la carga:

—Quizás haya que pensar en casarla.

Eduardo se atragantó con el postre:

—¡Padre! ¡Es muy pronto!

—Una mujer ociosa es peligrosa, tenga la edad que tenga. Además, se nos viene un lío enorme. En Ensenada se comenta que

España está invadida por Napoleón. En cualquier momento pasamos a manos de los franceses. Habría que acomodar a Inés antes de que eso ocurra, por su bien. Pueden venir tiempos muy malos.

—No va a pasar nada —dijo Eduardo, hundiendo firmemente su cuchara en la compota—. Si no somos españoles, entonces seamos nosotros mismos.

Don Ramiro contempló boquiabierto a su hijo mayor:

—Parecés uno de esos alborotadores que quieren la independencia.

Eduardo siguió comiendo, el mentón levantado en un gesto de rebeldía.

Don Ramiro sonrió sin ninguna alegría.

—No te olvides que sos hijo mío. Hijo de Ramiro Molina, un hombre que respeta al Rey.

***

Ezequiela había calentado las posaderas de Calixto hasta decir basta. Ahora el niño estaba boca abajo en su camastro, todavía medio lloroso.

Su camastro o jergón estaba en el suelo. De día lo enrollaba y lo dejaba junto a los otros jergones, apilados a un costado del rancho. Este no tenía cuartos individuales. Era una especie de galpón de ladrillo y madera en donde todos los esclavos de la casa compartían su falta de libertad.

Era de noche ya, y todos dormían. Calixto oía sus respiraciones en la oscuridad. El fogón en donde estaba la olla para cocinar apenas tenía un par de brasas agonizantes. Todo permanecía callado.

Calixto se levantó y miró por la única ventana del rancho. La luna iluminaba el brocal del aljibe cegado. Pensó en Inés y su historia del fantasma.

¡Qué boba, imaginarse algo así! Seguro que había sido la luna en el brocal...

Y entonces, lo vio.

4

Donde Antonia toma medidas

Calixto estaba inquieto. Quería contarle a Inés que él también había visto la luz fantasmal rondando sobre el aljibe cegado.

Pero la Ezequiela lo vigilaba de cerca. A la mañana temprano lo mandó a cargar el agua en los barriles, a encender el fuego de la cocina de los amos y a sacar los huevos que habían puesto las gallinas.

Después tuvo que lustrar las botas de don Ramiro y de Eduardo, llenar las lámparas con sebo derretido, barrer el patio y vaciar las bacinas.

"Por suerte no se trancó la letrina", pensó Calixto, fatigado.

No tuvo ni un solo minuto libre para encontrase con Inés.

Ella también quería hablar con su amigo, pero apenas su padre le levantó el castigo la mandó a llamar y se encerró con ella en la biblioteca.

Inés pensó que se le avecinaba un reto gigante. Pero en cambio, don Ramiro le besó la frente y le dijo:

—Quiero mandarte hacer un retrato.

—¿Eh?

Inés no se esperaba eso.

—Sí, hijita. Quiero un recuerdo tuyo.

Inés levantó una ceja.

—Yo no pienso irme a ningún lado.

—El tiempo pasa —sentenció enigmáticamente don Molina.

Inés no supo qué responder y se quedó callada. Su padre interpretó ese silencio a su manera.

—Me alegra que estés de acuerdo. Elegite alguna tela que te guste y que las Jonte te cosan un vestido nuevo, para salir hermosa.

Inés se quedó pensativa. ¿Para qué necesitaba un retrato? En 1810 no había fotos, y

la gente se hacía pintar para acordarse de las caras que tenían en determinado momento. Pero en su casa no había retratos de nadie, ni siquiera de su madre.

"Bueno, pero un vestido es un vestido", se dijo, mientras iba a buscar a Ezequiela para que la acompañara al negocio de su padre. Le gustaba tener ropa nueva, así que se olvidó por el momento de las ganas de ver a Calixto.

La negra dejó la comida en manos de otra esclava y salieron a la calle.

No había buen clima en la ciudad. La plaza siempre era epicentro de alguna queja, y por eso aparecía desordenada, llena de barro y huellas de pisadas. Pero ningún barrial impedía que los vendedores armaran sus tiendas bajo la recova. Vendían pescado frito, telas de contrabando, mates, tortas, anzuelos y hasta arreglaban los zapatos en plena calle.

Unos chicos de las orillas jugaban a la taba en medio del paso. Inés se moría de ganas de jugar con ellos, pero Ezequiela la apartó de un tirón.

Las dos sortearon la espesa marea de hombres que empezaba a concentrarse en medio del paseo. Algunos tenían elementos de labranza y parecían gente de las orillas, es decir de las afueras de la ciudad.

—Son labradores —dijo Ezequiela.

Ama y esclava entraron a un negocio que estaba justo enfrente de la Catedral, la sedería de don Molina. Antes había pertenecido a la familia de la mamá de Inés, pero don Ramiro la había heredado cuando quedó viudo.

Adentro había un sencillo mostrador de madera y unos estantes. La mayoría de los rollos de tela se apilaban directamente sobre el piso o apoyados contra la pared. A Inés le gustaba el olor que había, una mezcla de lienzo con polvo de cal, que era lo que su padre usaba para tapar las manchas de humedad en los muros.

Estuvo mirando algunas piezas hasta que se decidió por una color borravino. Era lo suficientemente oscura para que no se le notaran las manchas de tierra en las rodillas cuando jugara a la payana con Calixto.

—Le voy a ganar seguro —dijo en voz alta, perdida entre los rollos de tela.

***

Eduardo quiso ir a la plaza a ver qué pasaba, pero don Ramiro lo mandó a buscar a Inés y a llevarla a lo de las Jonte.

—Andá, y que no tenga mucho roce con esas chicas. Son buenas, pero no son de nuestra clase.

Eduardo lo fulminó con la mirada, pero cumplió su orden sin rebelarse. Antonia, la hija menor, los recibió sola en el patiecito de su casa. Este era mucho más chico que el de los Molina, con un pozo de balde como único lujo. Los pozos de balde eran casi como los aljibes, pero no tenían cisterna, es decir, que venían sin depósito para guardar el agua. Simplemente se cavaban muy profundo, y después se hacía una canaleta en el techo de las casas, para que el agua de lluvia desembocara toda dentro del pozo. Después tiraban un balde y sacaban el agua recolectada. Tenía un gusto un poco salobre, pero se podía tomar.

Inés se acercó a saludar a Antonia, que estaba manejando la roldana con mucha destreza. Eduardo pensó que su vecina parecía una amazona, con esos brazos fuertes y armoniosos que dejaban ver la camisa arremangada. Inés se asomó al brocal, que era un semicírculo pegado a la pared medianera. Un olor a mar encerrado la hizo desviar la cara. Decididamente, los pozos no eran lo suyo.

—Pasen a la pérgola, vecinos —dijo Antonia, conduciéndolos bajo una arcada de madera en donde crecía una parra desnuda por el otoño. Había una mesita en donde la joven preparó un poco de agua de panal[1] para convidarlos.

—¿Qué los trae por acá?

—Mi hermana quiere encargarle un vestido —dijo Eduardo.

—¡Qué bien! ¿Tendremos fiesta?

—No, mi padre quiere que me haga un retrato —dijo Inés.

---

[1] Agua de panal: bebida refrescante de la época, hecha con agua reposada y miel.

Siguió hablando, pero sus palabras fueron borradas por un sonido de metralla que venía de la plaza.

—Tiros... —dijo Antonia Jonte poniéndose pálida.

—No tenga miedo —dijo Eduardo, con cierta torpeza. En la plaza están los labradores. Perdieron su cosecha y estaban reclamándole al Virrey...

Nuevos disparos hicieron que Inés se tapara los oídos y se contuviera para no correr a los brazos de su hermano.

—Esos tiros no son de los labradores —dijo. Yo los vi, no tenían armas.

—Son tiros de los soldados patricios —dijo Antonia—. Ellos están al servicio del Virrey.

—Sí —murmuró Eduardo.

—Y el Virrey es un tirano.

Inés nunca había oído expresarse así a Antonia, con tanta bronca:

—Mi padre murió tratando de defender esta tierra para España. Pero España es mala con nosotros. Deja pudrir nuestro trigo porque no puede llevárselo, pero no deja que hagamos pan.

—Es por el monopolio, Antonia.

Ahora los tiros sonaron más cerca. Eduardo y Antonia se tomaron de la mano.

Inés los miró sorprendida. Los dos jóvenes se soltaron enseguida. Antonia buscó un centímetro y le tomó las medidas a Inés sin agregar más nada.

***

Eduardo e Inés volvieron a su casa en cuanto terminaron los ruidos de metralla. Ella quería hacer preguntas, pero la cara triste de Eduardo la desanimaba.

—¿Qué es monopolio? —dijo al fin.

—Es... cuando un país te obliga a vender y a comprarle cosas solo a él.

—¿Ese país es España?

—Sí.

—¿Nosotros no somos españoles?

—España es nuestra madre patria, pero nosotros...

—Si es nuestra madre, ¿por qué Antonia dice que España es mala?

Eduardo la miró con una cara muy rara.

—Niña... No le cuentes a nadie lo que dijo Antonia.

—¿Por qué?

—Es por nuestro bien. Si guardás el secreto te regalo algo lindo.

—¿Lindo como qué?

—Será una sorpresa, boba. ¿Prometido?

Inés lo pensó y prometió quedarse con la boca cerrada.

***

Esa noche cenaron temprano. Inés esperaba que la Ezequiela trajera la sopera, pero el que apareció fue Calixto. Soportando las miradas fulminantes de don Ramiro, sirvió la sopa y se las arregló para susurrarle en el oído a Inés "lo vi", mientras le llenaba de agua el vasito de peltre. Inés abrió grandes los ojos, se tomó el agua de golpe y le dijo a Eduardo:

—¡Hay que investigar!

Su hermano la miró como si se hubiera vuelto loca y su padre comentó:

—Tenés que investigar tu propia alma, hijita, para que se mantenga en gracia...

—Así sea —dijo Inés, juntando las manos e imitando la voz de la monjita catalina que la hacía rezar.

Eduardo soltó la risa, pero Calixto, que la conocía de memoria, supo que esa noche iban a enfrentarse al fantasma del aljibe.

5

DONDE SE CUENTA UNA CURIOSA HISTORIA

A la medianoche, Calixto se levantó, tomó una brasita del fuego de los esclavos y encendió una vela que tapó rápidamente con la mano para que nadie en el rancho se despertara por el resplandor. Salió casi en cuatro patas y se sentó a esperar a Inés en su patio, tratando de no mirar hacia el aljibe cegado. Tenía la sensación de que en cualquier momento iba a pasar algo.

Efectivamente, en el patio grande se empezó a mover una figura blanca y etérea. Venía como ondeando en el aire.

Calixto estuvo a punto de volver al rancho llamando a gritos a la Ezequiela, cuando

alcanzó a distinguir que el espectro tenía las mismas trenzas que Inés se hacía para dormir: era ella, que venía con un camisón de lienzo, corriendo descalza en medio de la oscuridad.

Por señas, le indicó a Calixto el gallinero. Sigilosamente caminaron hasta la entrada del cobertizo sin puertas que servía para proteger a las gallinas dormidas.

—Sentémonos —dijo Inés en un susurro.

Calixto se sentó y se le apagó la vela. Enseguida tomó con fuerza la mano de Inés.

—Tranquilo, Calixto. Esperemos a ver qué aparece en el aljibe.

—¿Y si viene el diablo? —preguntó Calixto, castañeteando los dientes.

—El diablo no tiene luz, aturdido.

—Eso no lo sabemos.

Inés vio que su amigo no iba a resistir mucho tiempo sin rendirse al miedo, así que se levantó sin soltarlo y cuchicheó:

—Terminemos de una vez.

La niña empezó a caminar cautelosamente hacia el aljibe cegado. Calixto la siguió para no parecer un cobarde, pero las piernas le

temblaban. Tuvo la compostura para sacar la yesca y encender de nuevo la vela, que emitió suaves destellos. Inés lo miró y se asustó de sus ojos agrandados por las sombras que la luz hacía sobre su cara.

—Calixto. Quiero iluminar dentro del pozo.

—No, niña.

—Shh, no alborotes, que estamos en capilla si nos ven juntos. Y no me digas niña —susurró Inés. Cuando estuvo a dos pasos del brocal se detuvo. Le agarró un temor casi insoportable, como si alguien le estuviera apretando la garganta. Con mucha fuerza de voluntad, aferró la tapa de madera y la apartó. Pensó que iba a encontrase con una vaharada de olor a basura —los aljibes cegados generalmente se usaban de basurero— pero no pasó así.

Intrigada, tomó la vela y se agachó junto al brocal. Calixto se agachó a su lado, aprensivo.

—¿Y si viene algo de atrás y nos empuja adentro?

—Yo más bien tengo miedo de que eso nos agarre desde abajo.

Eso fue demasiado para Calixto. Empezó a incorporarse cuando una mano helada se posó sobre su hombro. El chico gritó, pero otra mano oscura le tapó la boca.

Inés se asustó y dejó caer la vela que se fue rodando aljibe abajo. Se volvió para ver cómo una figura en sombras arrastraba a Calixto al interior del gallinero. Sin pensarlo fue tras él. Las gallinas cacarearon despertando de su letargo.

La sombra negra que tenía preso al muchacho llegó hasta lo profundo del gallinero, en donde estaban las ponedoras, y recién entonces lo dejó libre.

Inés, que los seguía, vio que una manta caía al piso, y tras ese disfraz improvisado descubrió a la Ezequiela, que traía un farol encendido.

La negra le tiró del pelo a Calixto.

—¡Mirá si en vez de ser yo, era el amo!

Inés respiró aliviada. Después de todo, era mejor que esa sombra embozada fuera la Ezequiela y no algún horror desconocido.

La negra puso el farol en el piso del gallinero y acomodó la manta en la tierra para

que los chicos se sentaran. Inés se sentó, pero Calixto se alejó de ella, poniendo una carita tan triste que el corazón de la Ezequiela se llenó de ternura.

—No puedo estar enojada con ustedes mucho tiempo. Ustedes son mis hijos, los dos.

Los chicos se pusieron felices al oírla hablar así. Calixto se sentó junto a Inés y la nena le tomó la mano.

La Ezequiela también se sentó. La luz del farol le venía desde abajo, dándole a su rostro un aspecto solemne.

—¿Qué hacían en el aljibe cegado? —preguntó.

Los chicos se miraron. Inés habló en voz muy baja:

—Buscábamos un fantasma.

Ezequiela se tocó su collar de Oxalá.

—¿Por qué?

Calixto soltó la mano de Inés.

—¡Yo le dije que no lo hiciéramos, mamá, pero ella quería averiguar!

—¡Dejá de cantar, chicharra! —se enojó Inés.

—¿Acaso vieron algo?

—Una luz mala —dijo Inés.

El rostro de la Ezequiela se nubló un poco.

—Ninguna luz es mala, mi niña. Pero no tienen que merodear por acá. La tierra está hundida, es muy peligroso. ¿Cómo era la luz?

—Podía ser un farol, pero no había nadie que lo sostuviera —dijo Inés, con gran lógica.

—Era muy brillante, parecía que se perdía dentro del aljibe. Y eso no puede ser, porque está tapado de basura —opinó Calixto.

—Eso no —dijo Inés. Yo alcancé a ver, o mejor dicho a oler, que está limpio.

—¿Oliste?

—Sí, olí, no me mires con esa cara.

La Ezequiela les hizo un gesto para que hablaran más bajo. La llama del farol tembló, arrojando sombras por todo el gallinero.

—Hay algo... Algo que quizás tendrían que saber para no rondar cerca del agua de noche...

Inés tuvo un poquito de miedo. Sintió las motas de Calixto cerca de su hombro y lo agarró del brazo.

—¿Qué tenemos que saber, Ezequiela?

—Tienen que saber de Mamá Kalunga.

—¿Mamá Kalunga es el fantasma? —dijo Calixto con una vocecita asustada.

—No sé, m'hijo. Pero por las dudas...

—¿Quién es Mamá Kalunga? —preguntó nés.

—Mamá Kalunga es una diosa de mi tierra.

—Tu tierra es esta, Ezequiela —dijo Inés tímidamente. La negra le acarició las mejillas.

—Hablo de la tierra grande, la tierra de Nguengé, cruzando el mar. De ahí vinieron mis ancestros, que eran todos negros como la noche. Mamá Kalunga es la diosa del agua. La Kalunga es la marea, lo que va y viene, lo que cambia. El límite entre la vida y la muerte. Allá, la Kalunga corría libre, daba nacimientos, daba energía para reírse y bailar. Pero acá está presa. Presa como todos sus hijos. Por eso Mamá se pone mala, y anda por los pozos de agua, buscando una salida para que todo vuelva a ser como antes. Buscando la libertad.

—¿Y se sale de los pozos? —dijo Inés.

—Más bien te lleva con ella para que le hagas compañía. Por eso nunca ningún negro

saca agua de noche, por más que los amos lo castiguen.

—¿A mí también me llevaría? —dijo Inés.

—Yo la alimenté. En cierta forma, usted es hija de Nguengé.

Inés tenía muchas dudas. ¿Podía ser esa la respuesta al fantasma del aljibe? Ezequiela creía en esos dioses, pero de ahí a que fueran ciertos...

—Acompañanos, Ezequiela. Demos una buena mirada a la luz de tu farol.

—No sea arrojada, niña. ¿No escuchó lo que le acabo de contar?

—Sí, pero...

—Pero nada, niña Inés. Además está el asunto de su padre. No quiero que me separe de Calixto solo porque los vea juntos.

Inés tuvo un estallido de bronca.

—¿Por qué quiere separarnos, Ezequiela? Nosotros no hicimos nada.

Ezequiela suspiró con tristeza.

—El amo la quiere casar pronto. Quiere que se olvide de su infancia con Calixto.

Inés se quedó muda de indignación. ¿Así que su padre quería eso?

—Inés no se va a casar con nadie —dijo Calixto decidido.

Inés se mordió los labios. Quería ponerse a llorar pero la rabia se lo impedía. Ezequiela la abrazó.

—Tenemos que confiar en Oxalá, que nos dice que existe un lugar para cada cosa. Hay unos hombres... Unos que quieren que no importen los colores de la gente.

—¿Quiénes son, mamá? —dijo Calixto.

—Unos que quieren un cambio. Una revolución.

6

Donde aparece Miguel

—No puede ser.

Don Ramiro Molina dobló en dos la carta que había recibido.

Eduardo, que estaba estudiando en la mesa de la cocina, levantó la cabeza alertado por el tono de su voz, que prometía malas noticias.

—¿Qué pasa, padre?

—Me dicen que España está perdida. Prácticamente no hay nadie que gobierne estas tierras.

Don Ramiro llamó a Calixto y pidió que le preparase la petaca de viajar.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Eduardo, abandonando la mesa.

—Voy a hablar con don Cornelio. Me invitó a su quinta. Estas cosas hay que discutirlas con los buenos españoles. Puede venirse una anarquía peligrosa, Eduardo.

Eduardo se rascó las patillas, pensativo.

—¿Tendré que ir yo también?

—No. Vos quedate en la casa, cuidando de Inés y las otras cosas. No la dejes ver a Calixto.

El hombre empezó a ponerse un abrigo. Estaba fresca esa mañana de mayo.

—No sé cuando voy a volver de San Isidro, pero te encargo que la lleves a hacer ese retrato de una buena vez. Y fijate que quien lo haga lo exponga en su vidriera.

—Como si la niña estuviera en venta... —ironizó Eduardo.

—No entendés que se viene una bien mala, ¿no, hijo? Por eso te excuso y no te cruzo la cara de un bofetón.

***

De modo que don Ramiro partió a la quinta de don Cornelio Saavedra, un vecino muy

rico que era hacendado y también comandante de los soldados patricios.

Eduardo se quedó a cargo. El día señalado acompañó a Inés al estudio del artista que iba a encargarse de su retrato. El hombre tenía además una platería, es decir, un negocio en donde hacía objetos de plata a pedido. Se llamaba Juan de Dios, Juan de Dios Rivera.

La platería era una casa que estaba en la calle del Correo. Tenía un pequeño escaparate vidriado en donde exponía algunas miniaturas, relicarios, mates y broches para el pelo hechos de plata.

Eduardo empujó la puerta haciendo que sonara una cascada de tubitos que estaban colgados sobre el marco.

Un hombre de unos cuarenta años les salió al encuentro. Vestía una gastada camisola de lienzo manchada de pintura. Era morocho hasta casi ser renegrido; sus altos pómulos se destacaban en su cara. Pero a pesar de su raro aspecto, los saludó con una reverencia muy española. Era Juan de Dios.

—¿Tenían cita? —dijo, con una voz bien timbrada.

—Sí. Yo soy Eduardo Molina. Mi padre le encargó un retrato para mi hermana...

—Ah, ya. Me la imaginaba más crecida, señorita, casi de la edad de Miguel.

Como invocado por el nombre, apareció del interior del negocio un muchacho delgado y despierto, de ojos negros. Era tan renegrido y tan extranjero como Juan de Dios. No podía dudarse que eran padre e hijo.

El muchacho venía trayendo una bandeja tapada con un paño. Inés pensó que serían refrescos, pero cuando el muchacho destapó la bandeja vio que tenía objetos muy hermosos fraguados en plata: un tintero, un soporte para abanico, una campanita y un dedal. Tomó el dedal y se lo ofreció a Inés.

—Esto lo encargó su hermano para usted.

Inés frunció la nariz, mirando a su hermano con reproche.

—¿Un dedal?

Eduardo se puso curiosamente rojo.

—No creo que sea esto, Miguel —dijo con suavidad.

Miguel miró debajo de los otros objetos y le tendió la campanita.

—Es verdad. Para usted es esto. Tenga.

Inés agarró la pieza de metal. Parecía una campana, pero tenía una tapa a rosca. Cuando se abría, salían cinco piedras de nácar para jugar a la payana.

—Es hermosa... —murmuró Inés.

Miguel se inclinó contento por el elogio. Inés se quedó mirando el delicado trabajo.

—¿Vos hacés las cosas de plata?

—Somos una familia de plateros, pero mi padre también pinta y dibuja —dijo Miguel sencillamente.

Los dos tenían un acento raro. Se notaba claramente que venían de otra parte.

—Bueno, don Juan —dijo Eduardo con una sonrisa—. Le encargo a mi hermana por un par de horas.

—¿Te vas?

—Pero vuelvo enseguida —dijo Eduardo guiñándole un ojo antes de salir.

—Pase a mi estudio —le dijo Juan de Dios a Inés.

El estudio tenía mucha luz, traída en parte por un enorme ventanal raro en esos días, que daba a un patio con una higuera.

Había un atril con un lienzo preparado.

Juan de Dios sentó a Inés en un sillón de junco muy sencillo, le alcanzó una butaca para apoyar los pies y jugó con un bastidor de tela blanca que tenía, haciéndole rebotar la luz sobre la carita hasta que encontró una iluminación que pareció gustarle. Acto seguido, tomó una carbonilla y empezó a dibujar.

Juan de Dios hablaba poco. La mirada de Inés se perdió hacia un cuartito interior. Allí estaba Miguel, golpeando algo que parecía una moneda con un pequeño martillito. Hacía todo con gestos muy tranquilos. Ella lo miró, miró su pelo lacio y esas ropas impecables que parecían un disfraz en alguien con tal aspecto de...

"Indio. Parece un indio", pensó Inés. Pero no esos indios que a veces se veían en la plaza, o comprando en las pulperías. Parecía un indio de los de antes, de los de Colón. Casi del color del cobre. El rostro no tenía ni un granito. Era terso y puro.

En un momento, Miguel levantó la cabeza y la miró a los ojos. Inés desvió la mirada, sintiéndose un poco incómoda.

¿Cuándo habrían llegado a la ciudad? ¿Quién les habría enseñado el oficio de platero? ¿Por qué ese chico trabajaba tan tranquilo?

Y de repente, la luz se hizo en Inés. Este Miguel trabajaba así porque amaba lo que hacía.

Durante cosa de una hora, Juan de Dios estuvo dibujándola al carbón, usando el dedo o un poco de miga de pan cuando tenía que borrar, hasta que reprodujo su carita seria y su pelo desordenado.

Inés se levantó y contempló su dibujo con ojo crítico.

—No se parece a los espejos.

—Se parece a como yo la veo, señorita.

Inés quedó conforme con la respuesta. Miguel entró al cuarto con unos pigmentos que mezcló con aceite.

—¿Tendré que volver de nuevo? —le preguntó Inés.

—No es necesario. Los colores se los pintamos de memoria.

—¿Vos también pintás?

—Por ahora coloreo.

—Es un buen aprendiz —dijo Juan de Dios, palmeándole el hombro.

Miguel se mantuvo sereno. Tenía la dignidad de un príncipe.

En eso, un hombre joven entró en el estudio sin llamar. Tenía puesta una chaquetilla de soldado.

—Juan de Dios, hay novedades —dijo.

El artista dejó su carbonilla.

—Espérame afuera. Tú, Miguel, entretenla a la huamla.

Juan de Dios salió tras el soldado, dejando a los dos chicos solos en el estudio. Estas cosas no pasaban muy seguido, así que Inés decidió aprovechar su libertad al máximo.

—¿Qué quiere decir huamla? —empezó.

—Quiere decir niña. Mujer.

—¿En qué idioma?

—En quechua.

Miguel seguía mezclando pacientemente los pigmentos.

—¿De dónde son ustedes?

—De todos lados —dijo Miguel muy serio—. ¿Te gusta el anchu? —dijo tuteándola.

—¿El qué?

—El juego que te he hecho con plata y nácar.

—¡La payana! ¡Sí! ¡Me encanta! ¡Nadie me puede ganar!

—Eso es porque no has jugado conmigo.

Inés sintió el llamado a la lucha.

—Mucho hablás, Miguel platero.

—Me llamo Miguel Rivera.

—Miguel Rivera, te desafío a una partida.

El muchacho dejó tranquilamente sus pinturas en la mesa de trabajo.

—Sea. ¿Por las buenas o por las malas?

—Por las malas. El que toca una piedra sin usarla pierde.

El platero abrió el ventanal y saltó hacia el patio. Le tendió una mano a Inés, para ayudarla a saltar, pero ella lo desdeñó y se levantó las faldas para brincar limpiamente y sin ayuda.

Se instalaron debajo de la higuera y dispusieron todo para la partida. Inés sacó la campanita de plata, le desenroscó la tapa y empezaron a jugar. Miguel tenía buen pulso. Ella lo miraba recoger las piezas de nácar en el aire con la misma concentración que tenía para trabajar. Se veía muy lindo bajo la sombra de la higuera, su piel cobriza se destacaba contra su camisa blanca.

—¿Adónde fue tu papá?

—A reunirse con los chisperos.

—¿Chisperos? —al parecer, era el día de las palabras raras. Miguel falló levantando la cuarta piedra y se las pasó todas a Inés.

—Sí. Son un grupo de hombres que quieren la independencia.

Inés empezó a jugar. Rápidamente levantó todas de a una, de a dos y de a tres, superando a Miguel, que se permitió una media sonrisa.

—Eres casi tan buena como un muchacho.

Inés vio esos dientes tan blancos, esa cara tan resplandeciente y se desconcentró. La quinta piedra se le resbaló.

—¡Me hiciste perder adrede! —gritó.

—No es así. Me toca.

Ella le pasó las piedras, furiosa. Ahora jugaban sin cuartel, tan ensimismados que no oyeron a Eduardo que pasaba a buscarla.

El joven se horrorizó de ver a su hermana, a quien su padre le había encomendado tan especialmente, arrodillada en el suelo jugando libremente con el hijo del pintor.

Estuvo a punto de retarla, pero se quedó viéndola jugar a través del ventanal. Ella

parecía tan feliz, tan ella misma, que no tuvo corazón para interrumpir el juego.

Miró el esbozo que Juan de Dios había hecho de su hermana. Se parecía mucho a su mamá.

Del patio le llegó un chillido de victoria: Inés había ganado.

7

DONDE SE DA UN EXTRAÑO PASEO

Inés le contó a Calixto su victoria sobre el platero. Estaban los dos en el patio grande a la hora de la siesta. Hablaban muy bajito para que no los sorprendieran, pero la verdad era que hacía tanto frío que a nadie se le hubiera ocurrido salir de la cama para vigilar, mucho menos faltando el amo.

—¿Era un indio? —preguntó Calixto, revisando la campanita de plata que había fraguado Miguel.

—Sí. Creo que sí. Hablaba un idioma extraño con el padre.

—¿Y usaba zapatos?

—Sí.

—Entonces era un blanco. Qué bueno que le ganaste a la payana.

—Él no le dice payana. Le dice *anchu*.

—Es un camilucho[2] —dijo Calixto.

—No le digas camilucho, no sabés nada de él.

Calixto tuvo un arranque de bronca. Se alejó de ella en dirección al rancho de los esclavos. Inés lo siguió.

—¿Adónde vas, idiota?

Él la empujó, cosa que no hacía desde hace un año largo. Inés le devolvió el empujón y al rato estaban jugando a la lucha en medio de la tierra, matándose de risa. Inés consiguió doblegarlo, pero Calixto se le escurrió y quedaron los dos tendidos boca arriba, mirando el sol de mayo, frío y pálido en el cielo gris.

—¿Vos creés en Mamá Kalunga? —preguntó Inés. Calixto entrecerró los ojos.

—Claro. Mi madre no miente.

—Está bien. Pero ¿creés que Mamá Kalunga es la que aparece en el aljibe cegado?

---

[2] Camilucho: indio jornalero que trabaja en el campo. Se trata de un término despectivo.

Calixto se incorporó a medias, apoyándose en el codo.

—No hinchemos más con eso, Inés.

—Yo no creo que una diosa pase el tiempo deambulando por los aljibes, ¿qué querés que te diga? Aunque las monjas me digan que Dios está en todas partes, no me lo imagino bajo tierra.

—Sos una hereje por partida doble, ¿sabías?

—Y vos sos un bozalón[3] más feo que un cuco, ¿sabías?

—Ahora vas a ver.

—Eso si me alcanzás.

Inés se levantó de un salto y Calixto la siguió. Corrieron hasta llegar al desnivel del terreno en donde estaba el aljibe cegado. Ahí Calixto la atrapó pero en vez de hacerle una zancadilla la abrazó por detrás. Se quedaron un rato respirando agitados, muy juntos, hasta que Inés dijo mirando fijamente el brocal:

—Hay algo.

---

[3] Bozalón: "de bozal". Se decía de los negros que no sabían hablar español.

Se soltó de Calixto y se encaminó decidida al pozo. Estiró la mano para levantar la tapa cuando esta comenzó a moverse sola. Calixto ahogó un grito y apartó a Inés de un tirón. La tapa de madera cayó en tierra, mientras una forma peluda y siniestra asomaba en el brocal.

—¡Una rata! —chilló Inés.

El animal estaba empapado. Saltó a tierra y se filtró en el gallinero, despertando indignados cacareos.

—¡Qué horrible!

—Basta, mi mamá va a salir y nos va a ver.

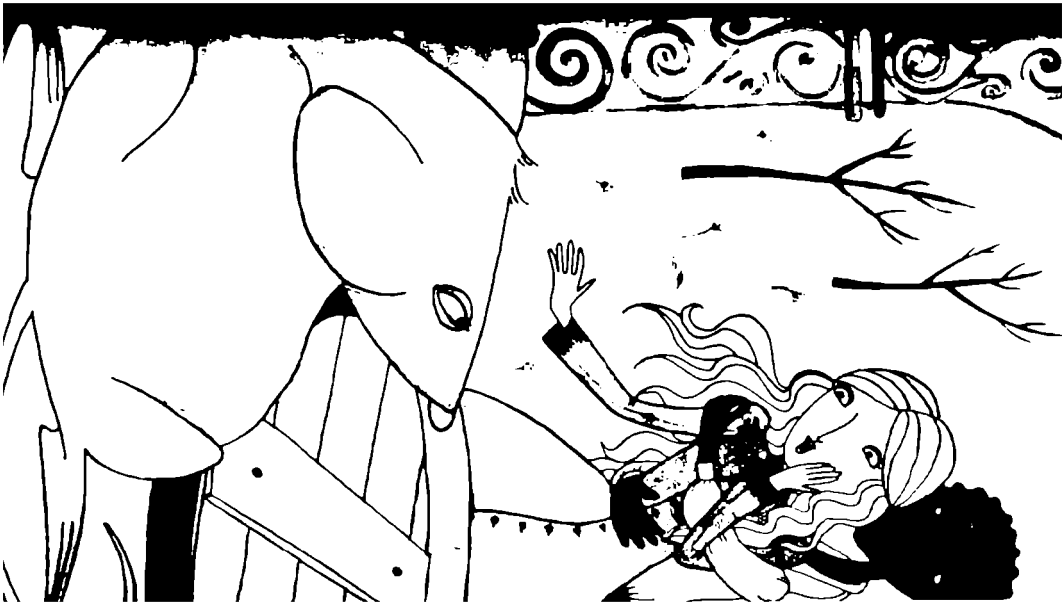
—¿Qué importa? Mi padre no está.

—Va a salir Mamá Kalunga.

—Lo único que salió es una rata —insistió Inés. Antes de que Calixto tuviese tiempo de atajarla, se inclinó y metió la cabeza en el pozo, agarrándose del brocal.

El pozo era de adobe por dentro. Estaba encalado, pero tan sucio y abandonado que daba asco pensar que alguna vez ahí se había juntado agua para tomar.

En una de las caras de esa pared cilíndrica había unos pocitos socavados en el adobe que se perdían pozo abajo.



Calixto también se asomó, aunque con mucha más cautela.

—Eso es una especie de escalera, como tiene el aljibe del patio grande. Es para limpiarlo.

—Podríamos bajar, entonces —dijo Inés pasando una pierna por el brocal. Calixto la agarró del brazo, lleno de espanto, pero Inés se soltó de un manotazo y apoyó el pie enfundado en una botita en la primera muesca de la pared. Pasó la otra pierna y la apoyó en el segundo escalón, el de abajo. Calixto vio desesperado que su amiga se estaba hundiendo en las tinieblas.

—No seas loca, al menos dejá que traiga una luz.

—Bueno, pero apurate, y no despiertes a la Ezequiela.

Calixto salió al trote para su galpón. Inés siguió descendiendo por la escalerita cavada en el aljibe. Se hallaba muy resbalosa por el moho que se había acumulado; estuvo a punto de perder pie muchas veces.

La oscuridad aumentaba en el pozo: de repente sintió que su valor la abandonaba y

tuvo ganas de volver a subir, pero justo en ese momento Calixto apareció con un farol y empezó a bajar tras ella.

***

Llegaron al fondo del aljibe sin encontrar trabas. Había una espaciosa cisterna rellenada con tierra a la derecha, pero a la izquierda se abría un pequeño pasadizo con un hilo de agua que encharcaba el piso de arcilla.

—¿Cuánto habremos bajado? —preguntó Calixto—. Su voz hizo eco en el centro de la tierra.

—Algunas varas hicimos —dijo Inés—. Dame el farol. Yo voy a ir adelante.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a arrastrarme por este agujero.

—¡Estás chiflada!

Inés lo encaró con cierto desprecio:

—Seguro que Miguel Rivera me acompañaría sin chillar.

Sin esperar respuesta se puso en cuatro patas y empezó a avanzar por el pasadizo, que tenía dos metros escasos de diámetro.

Maldiciendo en voz baja, Calixto la siguió. Gatearon en silencio unos quince minutos, hasta que llegaron a una bifurcación.

—¿Derecha o izquierda? —dijo Inés. Estaba tan embarrada que parecía negra como Calixto. Esto despertó la imaginación de su compañero de aventura.

—Mamá dijo que Kalunga quería negros de compañía. ¡Ahora los dos somos negros!

Un rumor de voces los hizo congelarse de espanto. La llama del farol de Inés vaciló hasta apagarse.

—¿Escuchaste eso? —gimió Calixto—. ¡Ya viene Mamá Kalunga!

Inés lo agarró de la camisa.

—Shh... No hablemos, así no nos encuentra.

Se quedaron en suspenso, abrazados en el reducido espacio, hasta que volvieron a oír voces. Eran un rumor lejano, pero eran voces de hombres.

—No es Mamá Kalunga, Calixto. Sigamos.

Inés se arrastró en la oscuridad, eligiendo el camino de la izquierda. Sentía la respiración agitada de Calixto y se alegró de que

estuviera con ella, porque tenía mucho más miedo del que estaba dispuesta a confesar.

Anduvieron mucho tiempo así hasta que Inés descubrió que el pozo se estaba angostando.

—Apenas me pasan los hombros, Calixto —murmuró asustada.

—Vamos a quedar sepultados acá... —le contestó el muchacho.

Pero Inés siguió adelante, clavando los codos y apoyando la panza en tierra. Reptaron hasta tragar barro en lugar de aire. Inés empezó a sentir que le dolía la cabeza. Apoyó un rato la mejilla en tierra para descansar. Entonces una corriente de aire, débil pero segura, le corrió por la cara.

—Sigamos, parece que hay una salida...

Penosamente siguieron avanzando, pero pronto lo hicieron más cómodos porque el pasaje se hacía más ancho, y se pudieron poner a gatas. Finalmente se incorporaron y caminaron para cubrir a tientas los últimos metros hasta llegar a un extraño reducto.

Parecía un depósito de vinos, una cava, pero en las paredes de ladrillo había dibujada

una mujer morena, de largos cabellos rizados y túnica transparente.

—Mamá Kalunga —dijo Calixto.

8

El reducto de Mamá Kalunga

—¿Esta es Mamá Kalunga? —preguntó Inés señalando el dibujo.

Calixto afirmó con la cabeza, demasiado impresionado para hablar. Inés se acercó a la pared.

—Se parece a Stella Maris, la virgen del mar. Pero esta es africana.

La diosa estaba dibujada sobre la cresta de una ola.

—Es muy hermosa —murmuró Inés.

Después caminó lentamente por todo el reducto. Había una débil luz que venía de una especie de claraboya en el techo. Inés encontró un par de sillas casi podridas por la

humedad, un jueguito de té, un cepillo con empuñadura de oro, un alhajerito de cuero cerrado a cal y a canto, y un par de muñecas rotas con cabeza de porcelana. Incluso una estaba cosida en el cuello, como si alguien la hubiera querido componer antes de tirarla. A Calixto le parecieron todas puras porquerías, pero Inés estaba encantada.

—Son cosas de chica —observó Calixto.

—Quizás sean cosas de Mamá Kalunga —replicó ella—. Será una chica, pero es muy poderosa.

—Bueno, si son de ella entonces no las toques. ¿Adónde vas?

Inés había encontrado una escalera de piedra y estaba subiendo los peldaños tanteándolos con el pie.

—Inés...

Calixto estaba cansado. Habían estado a punto de morir asfixiados, pero a Inés parecía no importarle. La chica llegó hasta el umbral de una puerta. Estaba cerrada con una cadena.

Volvió a bajar los peldaños y revisó el lugar buscando pruebas de algún fantasma.

Encontró unos estantes muy parecidos a los que usaba su papá para poner los paños y protegerlos de las polillas, pero no sacó nada en limpio.

—¿Volvemos? —dijo Calixto, incómodo, mientras hacía esfuerzos por encender el farol con su yesca. No quería regresar a ese pasadizo sin tener una buena luz.

—¿Tenés miedo de Mamá Kalunga?

—No tengo miedo. Tengo hambre.

Inés tuvo que reconocer que ella también tenía. Se guardó el alhajero en el cinturón del vestido embarrado y dio una última mirada al reducto de Mamá Kalunga.

Calixto puso el farol al máximo y le dio la mano a su amiga.

—Ahora voy yo adelante, ¿querés?

—Bueno —dijo Inés, dándole la mano con total confianza.

***

Una hora después estaban perdidos.

Inés sentía que le faltaba el aire. Se puso a toser y cuando Calixto la zamarreó invocando

a San Blas, lo hizo caer sentado de un manotazo.

—¡Eh! —se quejó el chico.

—¡Me hubieras dejado ir a mí adelante! ¡Ahora no encontramos el pasadizo!

—Ya vamos a llegar a donde se dividía en dos...

Pero lo cierto es que se habían metido por otro sendero, porque este tenía paredes de ladrillo en lugar de tierra.

—Se ve que había una tercera boca —musitó Inés.

Avanzaron apoyándose sobre las rodillas y las palmas de las manos. Inés se sentía arrugada y despellejada por la humedad y la dureza del piso.

—¡Qué bien que me vendría un baño ahora! —dijo Calixto.

Finalmente llegaron al final del pozo: había que ascender, esta vez por una serie de peldaños de hierro empotrados en la pared en forma de escalerilla de barco.

—¿Será esto otro aljibe cegado? —dijo Calixto.

Unas voces se oyeron arriba.

—Creo que son las mismas voces que escuchamos más temprano —opinó Inés—. Por las dudas apagá el farol.

Así lo hizo Calixto y empezaron a subir. El chico iba primero. Inés lo seguía a una distancia prudente.

El pozo no tenía tapa. Salieron a la superficie en la más completa oscuridad, entre unos extraños toneles de madera claveteada.

Había un olor especial, mezcla de sebo concentrado, de resina y de madera quemada.

—¿Dónde estamos? —dijo Inés.

Calixto se llevó el dedo a los labios y la hizo callar. Avanzaron en la tiniebla hasta que Calixto dio un gemidito y a continuación desapareció. Inés tanteó el aire en donde había estado hacía un segundo y estuvo a punto de caer también en donde el chico había caído: en una artesa llena de jabón líquido.

—¡Calixto!

Calixto sacó la cabeza afuera de la enorme tina.

—¿Está caliente? —dijo Inés.

—No, por suerte. Está tibio... Pegajoso...

—¡Tiene un olor horrible! —dijo Inés ayudándolo a salir.

Calixto se sacudió tirando briznas de jabón para todos lados. Inés no pudo evitar soltar una risita.

—Vos querías bañarte...

—Ah, sos graciosa...

Estaban, pues, en una jabonería. Volvieron a escuchar voces y se escondieron tras unos de los toneles. Aguzando mucho la vista,

descubrieron que estaban en un sótano. Había un pasillo, y al final había luz. De ahí venían las voces.

Los dos chicos recorrieron el pasillo sigilosamente y se asomaron para descubrir una reunión de hombres junto a unos candiles. Estaban sentados en cajones de vino, en toneles, en arcones o en el suelo, usando sus capas como esteras. Inés reconoció a algunos porque eran clientes de su padre: ahí estaba el hijo del boticario, don Juan José Castelli, y también el del Consulado, Manuel Belgrano... Había otros que no reconocía, pero se quedó de una pieza cuando vio que entre todos ellos estaba su hermano Eduardo, medio envuelto en una capa negra. Calixto le dio un codazo cerca de las costillas, reparando en el joven casi al mismo tiempo que ella.

—¡Shh!

Los dos se quedaron escuchando muy calladitos. Los hombres discutían, hablaban todos al mismo tiempo.

Don Belgrano, el del Consulado, levantó la mano pidiendo calma.

—¡Si nos peleamos entre nosotros no vamos a llegar a ningún lado!

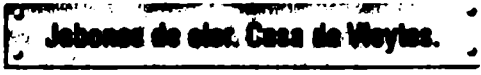
—¡Yo creo que hay que convencer a Saavedra para que ponga a los patricios a favor de la Revolución! —gritó Juan Castelli.

—La Revolución... —murmuró Calixto. ¿Serían estos los hombres que su madre había dicho que querían un cambio, un mundo que no diferenciara los colores de la gente? Quería escuchar más, pero Inés lo hizo volver a la realidad. Hablándole casi dentro del oído, le dijo:

—Salgamos por esa puerta de ahí. Es ahora o nunca.

El chico no lo pensó dos veces. Otra incursión por los túneles mugrientos era demasiado para ese día, así que los dos corrieron hacia la puerta.

La abrieron y salieron casi al centro de la ciudad. Era noche cerrada, los faroles de la calle estaban encendidos. La fachada del lugar en donde habían estado decía:



¡Habían hecho mucho camino bajo tierra!

Inés rezó una plegaria agradecida porque nadie los había descubierto... todavía. En el zaguán de la jabonería, bajo el farol, había alguien esperando. Una figura menuda y sola. Una mujer.

Los chicos se apartaron de la luz y al llegar a la esquina salieron corriendo.

—¿Viste quién era? —dijo Inés, jadeando por la carrera.

—No, ¿quién? —Calixto temía que Inés hubiera visto a la diosa de la Kalunga enojada porque habían entrado en sus aposentos. Pero Inés lo sacó del error:

—¡Era Antonia, la menor de las Jonte!

9

Donde hay enojo

Inés y Calixto iban caminando por las oscuras calles de la ciudad compartiendo impresiones.

—Ya no pienso que Mamá Kalunga sea la de las apariciones. Es alguien de carne y hueso que merodea por los túneles.

—¿Cómo sabés?

—¡Pasamos nosotros, Calixto! ¡Cualquier otro puede pasar!

—Sí, pero la luz que vimos... ¡Nadie la sostenía!

—No sé. Si ves de lejos a alguien metiéndose dentro del aljibe, te puede dar la sensación de que la lámpara está sola... Y si desaparece

e repente es porque el que la lleva se metió entro del pozo, ¿entendés?

Inés tropezó en un bache de la calle de ierra, y Calixto la sostuvo para que no se ayera. El chico la miró y se empezó a reír.

—¿Qué te pasa, alunado? ¿Nunca tropeaste vos? —replicó ella, agresiva.

—No me río por eso... Tu cara... Toda os... ¡Estás negra!

Era cierto. Inés estaba cubierta de barro le pies a cabeza. Hasta los pelos le habían quedado acartonados y oscuros. Se miró el estido –inmundo, barroso– y sonrió con nalignidad.

—Padre, creo que necesito ropa nueva —dijo.

Los dos se pusieron a reír hasta que le salaron las lágrimas. Era lindo ir así, solos por a ciudad dormida. Ni siquiera tenían miedo e posibles salteadores. Hacía mucho viento, estaba por llover, y con la lluvia las calles se ponían imposibles.

Sin embargo, a una cuadra de la casa vieron un nutrido grupo de gente de las orillas que iba en dirección al Correo.

—¡Qué raro! —dijo Inés. Le pareció conocido el hombre que los mandaba: era uno con chaquetilla de soldado, pero no pudo recordar en dónde lo había visto.

—Es la Revolución —dijo Calixto, ilusionado.

—¿Será que van a echar al Virrey? La chica de los Jonte dice que es un tirano.

Calixto seguía pensando en lo del aljibe cegado.

—Si no es Mamá Kalunga... ¿Quién es?

—Puede ser cualquiera. Puede ser tu madre.

—Puede ser tu hermano, boba.

—¿Para qué querría Eduardo pasar por los túneles?

—Para ir a la jabonería, a hacer la Revolución...

Inés lo pensó.

—Nnno, no creo. Si hubiera ido por debajo de la tierra estaría todo roñoso, como nosotros...

—¿Entonces, quién?

Ya estaban en la puerta de las Jonte, a unos pasos de su propia casa, cuando vieron que

ía demasiada luz en la ventana, como si
o el mundo estuviera despierto.
nés sintió que se le paralizaba el corazón
ndo descubrió el coche de su padre en la
uina.
—¡Volvió! ¡Mi padre volvió de la quinta!
os chicos se llenaron de angustia. Die-
la vuelta manzana y escalaron la tapia
fondo, para caer cerca de la letrina, en el
io de atrás.
nés vio que en el patio de adelante estaba
ı Ramiro con un grupo de esclavos y dos
lados patricios. Los chicos corrieron ha-
el rancho de los esclavos y entraron.
a Ezequiela, que se había hecho con una
ección de santitos nueva, estaba rezando
· ellos. Pero apenas los vio fue derecho a
ixto y le dio un sopapo.
—¡Te voy a dejar sin cuero!
intieron pasos que se acercaban sin es-
ıderse. Alarmados, los chicos se sentaron
el jergón de Calixto, e Inés se envolvió con
nanta que su amigo usaba para dormir.
a Ezequiela escondió sus santitos y apagó
velas justo a tiempo: la puerta del rancho

se abrió y entraron los demás esclavos con don Ramiro y los soldados.

—¿Dónde está mi hija, negra?

—Yo no sé, don Ramiro... —empezó a decir Ezequiela.

—No me mientas, gata flaca, ¡confesá! ¡Estos inútiles me dicen que tampoco está tu hijo!

Los esclavos se acomodaron muy juntos alrededor de Inés y Calixto, camuflándolos con sus propios cuerpos. La cara llena de barro de Inés pasaba como la de una negra más, pero la chica temblaba por la incertidumbre de la situación.

—¿Dónde está Eduardo?

—Acá estoy, padre —dijo el muchacho entrando al rancho. Respiraba muy agitado, todavía tenía las ropas negras de la reunión en la jabonería, pero ahí estaba.

—Tu hermana desapareció.

—¿Buscaste en la letrina? —sugirió el muchacho, alterado—. A veces se esconde ahí.

El padre lo apartó de la puerta y se fue a mirar. Cuando salió, Inés vio con terror que tenía un arma en la cintura. Los soldados lo escoltaron.

Inés se levantó de un salto y buscó la puerta de salida, ante la mirada atónita de su hermano. Calixto la agarró del brazo, negando con la cabeza, pero ella se soltó y salió a todo correr en la dirección contraria a la que había tomado su padre. Don Ramiro la alcanzó a ver cuando atravesaba el patio grande.

—¡Inés! —gritó.

Ella se detuvo como herida por un rayo. Don Ramiro corrió hasta ella y se arrodilló para quedar cara a cara. Inés notó que su padre temblaba. Sacó un pañuelo e intentó limpiarle el rostro lleno de costras de barro, mientras repetía en voz muy baja:

—Estás viva, estás viva...

Todo el rancho de los esclavos en pleno, los patricios y Eduardo llegaron al patio grande a contemplar la escena.

—¿Dónde estabas? —dijo don Ramiro.

Inés trató de no mirar a Calixto, que tiritaba entre los demás negros.

—En el río, padre.

—¿Estabas sola?

—...Sí. Sola.

Uno de los patricios agarró a Calixto del brazo y el otro lo iluminó con su candil.

—Este está embarrado, igual que ella.

—No es barro, es jabón —trató de defenderse Calixto.

Al verlo, la expresión de don Ramiro cambió. Se llenó de odio. El hombre se incorporó y sacó el arma de su cintura. Los gritos de Ezequiela y de Inés se confundieron en uno.

—Negro, ¿estabas con ella? —preguntó don Ramiro con una calma fría que presagiaba mil tormentas.

Calixto tragó saliva, pero la voz le salió fuerte y clara.

—Sí, don Ramiro. Yo estaba con Inés.

Eduardo se interpuso entre el chico y su padre, conciliador.

—Padre, son dos niños. No te imagines nada malo, ellos ni siquiera saben lo que vos estás pensando.

Las palabras de Eduardo surtieron algún efecto, porque don Ramiro depuso el arma, pero no impidieron que se acercara a Calixto y le diera una lluvia de golpes. Inés volvió a

gritar y le agarró el brazo, tratando de proteger a su amigo.

—¡Patricios! ¡Llévenlo al asiento! ¡Si lo tengo adelante soy capaz de matarlo!

—¡No, papá! ¡No te lo lleves!

—¡Y vos vas directo a la Casa de Ejercicios!

La Ezequiela cayó de rodillas, llorando mansamente mientras los patricios se llevaban a su hijo. Inés chilló y maldijo, pero no hubo caso: lo último que vio de su amigo fueron sus ojos diciéndole adiós.

***

Don Ramiro no le dio tiempo ni a bañarse. La tomó del codo y la puso en el coche. Ella pataleó hasta que él la soltó, y se quedó mirando por la ventanilla mientras los caballos empezaban a cubrir las dos leguas que los separaban de la Casa de Ejercicios.

En las calles había una animación inusitada para esa hora de la noche. Grupos de gente estaban en la plaza apedreando la puerta del Cabildo cerrado.

Don Ramiro suspiraba a cada rato. Inés no quería ni mirarlo.

Cuando estaban por el camino largo, don Ramiro se tranquilizó lo bastante como para interrogarla.

—¿Qué te hizo, Inés?

Ella permaneció callada.

—Decime qué te hizo ese ladino.

Inés clavó la vista en el rostro de su padre.

—Saber. Eso hizo Calixto. Saber cosas de mí. En cambio vos de mí no sabés nada.

Llegaron a la Casa de Ejercicios a eso de las dos de la mañana. La monja tornera[4] les abrió la puerta y preparó una palangana con agua florida para que la niña se refrescase. Cuando se sacó el vestido empapado Inés recién recordó el alhajerito repujado en cuero que había rescatado del reducto de Mamá Kalunga. Eso, sin saber por qué, le dio ánimos para resistir.

---

[4] Tornera: la monja tornera era la que manejaba la puerta de los conventos. Esas puertas solían tener una rueda (el torno) para pasar cosas sin ser vistas desde el exterior.

Don Ramiro se fue sin saludarla y tras él las puertas de la Casa se cerraron con ruido y aldaba.

10

Donde se ejercita la paciencia y aparece un príncipe

En la Casa de Ejercicios Espirituales también había un aljibe. El corredor que daba al patio estaba adornado con un Jesús de tamaño natural. Las monjitas le decían el Cristo de la Paciencia.

Paciencia era justamente lo que le faltaba a Inés. No podía dejar de pensar en Calixto.

Las monjitas la hicieron rezar toda la mañana, arrepentirse de su escapada, confesar sus culpas, pero la verdad es que Inés no se sentía culpable de nada.

A la hora de la comida se retiró a su celda y se empeñó en abrir el cofrecito de Mamá

Kalunga. Lo logró con ayuda del broche de plata que le prestó otra de las reclusas, una chica más grande que ella, que se había fugado con su novio hasta que los detuvieron en la posta de Luján.

—¿Cómo se llama tu príncipe? —le dijo la muchacha.

Pero Inés no le prestaba atención. Adentro del alhajero había unos aros preciosos, en forma de lágrima.

—¡Qué lindos! —dijo la chica—. ¿Te los regaló tu novio?

—Yo no tengo novio, ¿no ves que tengo once años? —dijo Inés, realmente fastidiada. Si los noviazgos ponían tan tontas a las gentes, ella no quería saber nada por el momento. Caminó hasta el aljibe y se sentó en el brocal, a pensar. ¿Adónde se habrían llevado a Calixto?

***

A la hora de visita vino Eduardo con Miguel, el hijo del platero. Se sentaron los tres en un banco de piedra.

Inés preguntó por la Ezequiela, muy compungida.

—Está un poco enferma —dijo Eduardo, evasivamente—. Por eso no pudo venir.

Miguel sacó un relicario de plata del bolsillo.

—Yo te debía una, ¿recuerdas?

Inés sonrió con tristeza. Parecía que habían pasado mil años desde el día en que le había ganado a la payana.

—Hice una copia miniatura de tu retrato y lo puse en este relicario.

—Gracias, es muy lindo...

Pero se notaba que Inés seguía triste. Eduardo la abrazó y ella apoyó la cabecita en el hombro de su hermano.

—¿Dónde está Calixto? —interrogó con los labios temblorosos.

—Niña, lo llevaron al asiento del puerto. Papá lo puso en venta.

Inés se desesperó.

—Eduardo, sacame ya de acá. Tengo que ir a rescatarlo.

—No puedo, Inés. Padre está muy nervioso, se viene una revolución...

Inés le aferró el brazo hasta casi hacerle doler.

—Si querés hacer una revolución empezá a pensar por vos mismo. ¡Sacame de acá!

—Hay otra forma —dijo Eduardo—. Puedo ir a ver a Calixto, tratar de salvarlo yo.

Inés se mordió los labios para no echarse a llorar.

—Vos tampoco entendés nada. Calixto es como si fuera yo misma. Es mi hermano. Mi hermano en Oxalá.

—No digas herejías.

—Ojalá estuviera muerta. Muerta como mamá.

Inés se puso a llorar de un modo tan brusco que Eduardo fue a pedir agua. Miguel sacó un pañuelo blanco y almidonado y se lo tendió.

—Mi padre y yo venimos del Alto Perú —dijo en voz baja.

Inés se limpió las lágrimas con el pañuelo. Miguel continuó:

—Nuestros antepasados eran incas. Incas como Tupac Amaru. Trabajaban la plata del cerro mucho antes de que los blancos llegaran a América.

Inés había dejado de llorar, interesada en las palabras de Miguel. El muchacho la miró a los ojos.

—La madre de mi padre tampoco vive, ¿sabes? Ella era una ñusta. Una princesa entre los indios.

Miguel se levantó del banco y le tendió la mano.

—La puerta de atrás está abierta. Lo sé porque la tornera salió a comprar leche.

***

Miguel corría muy rápido. Inés trataba de seguirle el paso, pero las faldas le molestaban para correr. Llegaron a la platería y entraron a toda carrera.

—Tu padre... —dijo Inés jadeante—. ¿No nos va a delatar?

—Tiene cosas más importantes en qué ocuparse. Ven.

Miguel la llevó a su cuarto y le dio una muda de ropa.

—¡Son pantalones! —balbuceó Inés.

—Claro. Así tardarán más en encontrarnos. Ellos buscarán a una niña...

La dejó cambiarse y salió al patio. Allí estaban reunidos muchos hombres, entre ellos Juan de Dios, el pintor. Miguel se acercó y le habló al oído, para no interrumpir a un hombre joven que estaba arengando al grupo:

—¡Es hora de luchar por nosotros y por nuestra tierra, reviente quien reviente!

Los otros aplaudían al hombre, que tenía marcas de viruela en la cara.

Juan de Dios asintió y palmeó a su hijo.

Miguel fue al estudio y encontró a Inés vestida como un chico, con el pelo atado en una coleta.

—¿Estoy bien? ¿Parezco un muchacho?

—Claro que no. Eres demasiado bonita.

Inés sintió que se ponía roja. Lo disimuló guardando su campanita de la payana en el bolsillo del pantalón.

En el estudio estaba su retrato a medio terminar. La habían pintado con el cabello recogido. Parecía mucho mayor que en la vida real. Inés recordó los aros del alhajero. Los sacó y se los dio a su nuevo amigo.

—Quisiera que me pintaras con estos.

Afuera, el hombre joven seguía arengando:

—¡No importan los colores! ¡Son pura influencia de los climas!

Los demás aplaudían.

—¿Quiénes son? —quiso saber Inés.

—Son los chisperos. Y ese es su jefe. Se llama Mariano. Mariano Moreno.

—¿Moreno?

El nombre le hizo recordar a Calixto. Decidió que no tenían más tiempo que perder, así que salieron al trote rumbo al asiento del puerto.

11

DONDE SE VE EL ASIENTO

Apenas ganaron la calle del puerto, se puso a llover.

Miguel se levantó el cuello de la camisa y siguió caminando tranquilamente. Inés lo imitó, pese a sus ganas de salir corriendo para llegar al asiento. Le parecía que todo el mundo la miraba por la calle, disfrazada como iba, pero en realidad nadie les daba importancia. La gente del pueblo iba para la Plaza Mayor a pesar de la lluvia.

Cuando por fin llegaron, las calles eran un lodazal imposible. Por suerte para Inés, tenía pantalones, que eran mucho más cómodos para caminar.

El asiento era un enorme galpón sin ventanas, donde los barcos que traían esclavos africanos descargaban su mercadería.

Era un lugar horrible, lleno de lamentos en todos los dialectos. En ese asiento los recién llegados en los barcos negreros pasaban un período de cuarentena, donde la mitad sobrevivía y la otra mitad moría aquejada por el hambre y las privaciones sufridas durante la travesía.

Inés sintió un escalofrío de espanto pensando en la suerte que Calixto podría estar corriendo en ese sitio tenebroso.

Miguel la condujo a la rampa de desembarque y se quedaron mirando a un grupo de congoleños que bajaban un poco desorientados, mirando sin entender el puerto y las caras blancas de sus captores.

—Hay que pensar algo —dijo Inés, tratando de sobreponerse.

Unos hombres con látigos controlaban el desembarque.

Inés se acercó a uno de ellos y le dijo:

—Busco a un chico llamado Calixto.

—¿Es bozal?

—No. Era de mi casa.

—¿Es escapado?

—No, no. Es mi amigo —dijo ella.

El negrero la contempló con curiosidad. Miguel se metió en la conversación.

—¿Dónde tienen a los presos?

—En el depósito, con los apestados —dijo el negrero.

Miguel agarró a Inés de la mano y se la llevó de ahí.

—No hables. Se darán cuenta de que eres una chica.

Inés se quedó perpleja. Se había cansado de escuchar que era un marimacho, y ahora este Miguel decía que se notaba que era una chica a pesar de que tenía pantalones... Otra vez se cubrió de rubor, a pesar de la situación que estaba viviendo y el agua que le caía a plomo en la cabeza.

—Por aquí —dijo Miguel.

El depósito era un barracón de madera embreada. Las gaviotas picaban para comerse los hongos que crecían entre las tablas.

Inés las espantó y se dirigió hasta la puerta, donde un soldado armado custodiaba las entradas y salidas.

Apenas vio a Inés el soldado se puso en guardia.

—No se puede pasar.

—Quiero ver a un...

—A un negro que se robó un tintero de plata —improvisó Miguel.

—No tenemos noticia de ese negro —dijo el soldado—. Debe estar prófugo.

—Nos urge pasar a verlo. La calidad de la plata era parecida a esta —dijo Miguel, señalando el relicario del cuello de Inés.

El hombre miró con codicia el repujado y la cadena. Inés entendió la intención de Miguel Rivera y se sacó el relicario para ofrecérselo al guardia.

—Tenga. Usted nunca nos vio.

El hombre se corrió un paso, dejándoles la puerta libre. Abrió el relicario con el pulgar y se quedó mirando la miniatura de Inés.

—¡Qué hermosa! —dijo.

—Es mi madre —dijo Inés, recordando a tiempo que iba vestida de muchacho.

***

En el depósito no había luz, ni jergones, ni mantas. Los cuerpos de los esclavos se apilaban como tristes hojas secas en el piso de esa cárcel.

Inés y Miguel recorrieron el lugar mirando a todos los esclavos a la cara. Los pobres negros les hablaban en su idioma, pidiendo socorro. Había muchos que parecían dormidos, que respiraban apenas.

"Calixto", pensó Inés con el corazón oprimido. Y entonces descubrió, entre la marea de cuerpos quebrados, la camisa de lienzo que usaba su amigo. Estaba rota en la espalda, como si alguien la hubiera cruzado a latigazos.

Inés dio rienda suelta a sus lágrimas. Miguel la abrazó y ella le correspondió el abrazo.

Una voz débil pero indignada dijo en perfecto castellano:

—¿Qué abrazás tanto, camilucho?

Inés hubiera reconocido esa voz en cualquier parte.

—¡Calixto! —gritó.

El muchacho estaba sentado en el suelo, con el torso desnudo y un ojo hinchado. Pero Inés nunca se había alegrado tanto de verlo. Se arrodilló en el piso para abrazarlo a él, ahora, pero Calixto soltó un quejido de dolor que la hizo desistir.

—¿Qué tenés?

—Nada... —dijo el negrito. A ella le impresionó lo pálido que estaba y los esfuerzos que hacía por hablar—. ¿Es carnaval... niña? —trató de bromear al verla con ropas de hombre. Inés sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Aturdido! Vamos a sacarte de acá, pero tenés que ayudarme...

Calixto alzó los brazos. Inés lo tomó de la cintura y Miguel de los sobacos. Lo ayudaron

a levantarse y estaban a punto de salir cuando vieron que el niño tenía el pie engrillado.

Inés sintió renacer su desesperación. ¿Cómo iban a salir de allí? Para colmo, estaba casi segura de que las monjas de la Casa de Ejercicios le habían avisado a su padre de su huída. Ya debían de estar sobre sus pasos.

Miguel la sorprendió una vez más: de la caña de su bota sacó una especie de ganzúa hecha de plata. Con ella escarbó la cerradura del grillete hasta que, con un crac, la trampa se abrió dejando libre el pie de Calixto.

Al ver esto, los negros que podían moverse empezaron a clamar, rogando que los liberaran a ellos también. Miguel estuvo a punto de guardar la ganzúa cuando vio todos esos rostros reclamantes. Así que con un grito de guerra fue liberando a todos los que pudo, mientras Inés huía con Calixto.

12

Donde se ve el pozo de balde

Inés llevaba casi a rastras a Calixto, bajo la tormenta que se había desatado en la ciudad. Iban chapoteando en el barro de la calle, muy lento, demasiado para el peligro que corrían.

Las gotas de lluvia le pegaban en la cara a Calixto. El muchacho levantaba la cabeza, abría la boca y las bebía con avidez. Inés estaba espantada.

—¿Calixto, estás bien?

A Inés le pesaba mucho. Para colmo, la noche ya estaba encima de la ciudad. Asustada por todo lo que estaba pasando, Inés tuvo el deseo de ser fuerte, enorme y poderosa como

Mamá Kalunga, para poder llevar a Calixto sin esfuerzo. Algo de ese ferviente deseo pareció hacerse realidad, porque se le aclaró el pensamiento, un frescor le bañó el ánimo y pudo cargarlo con más facilidad.

La cuestión era adónde dirigirse. A su casa no podían ir. Tampoco a la platería, donde pondrían en gran compromiso a los Rivera.

Del cielo, junto con la lluvia, a Inés le cayó un nombre: "¡Antonia Jonte!". La chica los ayudaría, estaba segura. La había oído hablar en contra de la autoridad, y necesitaba alguien así, rebelde como ella misma, para que los ocultara hasta que llegara la Revolución. Porque cuando esa revolución empezara, ya no iban a importar los colores, como predijo ese tal Moreno en la platería.

Por el camino se cruzaron con gente que iba a la plaza, los más ricos usando paraguas, los más pobres tapados con telas recubiertas de brea.

—¡El Virrey va a caer!

—¡Viva la libertad! —gritaban los más entusiasmados. Hasta chicos y mujeres solas había. Eso ayudó a los dos fugitivos a pasar

inadvertidos hasta llegar a la tapia trasera de la casa de las Jonte.

Inés se trepó de un salto y le tendió la mano a Calixto, a horcajadas sobre el muro. Calixto trató de subir, pero no pudo.

—Me duele... —murmuró, sentándose en medio del barro. Inés bajó y lo puso de pie, haciendo que le rodeara el cuello con los brazos.

—¿Qué... hacés? —dijo Calixto.

—Te llevo como un fardo, ¿no ves? No hablés que pesás más todavía.

De modo que Calixto apoyó la mejilla en el hombro de Inés y ella lo cargó a caballito para traspasar la tapia. Cayeron dando tumbos en el patio de tierra de las Jonte, que estaba oscuro como boca de lobo. Con la lluvia persistente y la noche sin luna, no se veía nada.

Calixto se recostó en el barro y se quedó muy quieto.

—Calixto... ¿Calixto, estás bien?

—Tengo... sed...

Inés se incorporó sobre los codos, buscando el pozo de balde que estaba en algún lugar.

Lo que descubrió la dejó inmóvil: había alguien más en el patio, una sombra envuelta en un rebozo. Inés se acuclilló tratando de no ser vista. La figura caminaba bajo la pérgola desafiando la lluvia.

Del pozo de balde salió un misterioso destello. Inés lo contempló fascinada. La luz se fue haciendo más intensa, hasta que se proyectó afuera, como si en lugar de ser un pozo aquello fuera una linterna gigantesca.

Del brocal asomó una cabeza de cabellos negros.

—¿Mamá... Kalunga? —dijo Inés casi sin voz.

Pero el que emergía, embarrado hasta las patillas, era Eduardo.

La figura de la pérgola corrió hacia él y lo abrazó. Eduardo le sacó el rebozo y Antonia Jonte, porque de ella se trataba, le dio un beso dulce y profundo en los labios.

—A... la flauta... —murmuró Calixto, saliendo de su mutismo.

Inés ató cabos. Recordó el dedal de la platería, el rubor de Eduardo, las manos de ambos jóvenes tomadas el día de los disparos, y

descubrió el secreto del aljibe: era un secreto de amor. Un puente bajo la tierra para que Antonia, la costurera, y Eduardo, su callado hermano, pudieran estar juntos.

—Te vas a resfriar, Antonia... —dijo Eduardo, arrobado.

—No me importa, mi amor. Quiero estar siempre con vos.

Volvieron a besarse y luego se encaminaron hacia el rincón más oscuro de la pérgola.

Inés se quedó pensando a toda velocidad. Sus esperanzas de ser ayudada por Antonia se habían esfumado al descubrir que su hermano estaba involucrado. Pero al menos, ahora sabía la verdad, que no existía ninguna Mamá Kalunga que los reclamara desde el agua de los pozos...

Entonces pensó en el reducto. Y supo que ahí estaba su refugio.

—Vamos, Calixto. Un esfuerzo más y estaremos seguros.

El muchacho se dejó conducir hasta el brocal y juntos comenzaron el descenso.

***

Esta vez, todo era más complicado. El agua acumulada después de la jornada corría por los pasadizos subterráneos. Inés avanzaba con barro hasta la cintura, y el pobre Calixto se sumergía hasta la raíz del pelo cuando tropezaba. Una de esas veces cayó y no se levantó más. Inés lo izó de las motas, y le dejó libre la nariz para que respirara. Tiró de él con todas sus fuerzas, tomándolo de los sobacos, y lo arrastró varios metros antes de rendirse.

—Calixto... No doy más...

Calixto sonrió. Parecía que estaba soñando.

—No te preocupes. Mamá Kalunga nos va a salvar... Mamá...

Inés pensó en su propia madre, a la que nunca había conocido. Y tuvo una terrible nostalgia por eso, por no saber cómo había sido, por no saber tampoco cómo sería el país que vendría luego de esta famosa Revolución.

Le daba rabia terminar en ese pozo, solo porque tenían colores diferentes con Calixto. Le daba rabia no poder ayudar a cambiar las cosas.

En ese momento, sintió la ráfaga de aire de la primera vez, cuando atravesaban el pasadizo hacia el reducto de Mamá Kalunga. Entonces el alma le volvió al cuerpo y fue capaz de conducir a Calixto hasta dejar atrás el barro y el miedo. Se encontró caminando con él, paso a paso, hasta ver el extraño y bello retrato de la diosa en la pared.

Un rumor sordo, como el de una casa que se derrumbaba, llegó a sus oídos. Un alud de barro y piedra se filtró con gran violencia a través del pasadizo y el reducto comenzó a inundarse.

13

DONDE SE SABE DE QUÉ SE TRATA

Ese veinticinco de mayo amaneció nublado. La lluvia seguía cayendo, más despacio pero sin pausa. La desaparición de Inés y de Calixto no había pasado inadvertida para su familia, pero la búsqueda de los chicos se había retrasado a causa de la conmoción que se vivía en la plaza. Gente de todos los colores se había agrupado frente al Cabildo exigiendo la renuncia del Virrey.

—¡No hay ningún rey que esté representando! ¡El poder tiene que volver al pueblo! —Esa era la voz que hacían correr los hombres que se reunían en la jabonería. Más radicales, los de la platería de Juan de Dios

exigían la cabeza del Virrey por considerarlo un inepto.

En medio de toda esa agitación, don Ramiro Molina buscaba desesperadamente a Inés. Su amigo Cornelio Saavedra, el de la quinta, le había negado una escolta de sus patricios porque a último momento había decidido a unirse a la Revolución y necesitaba hasta el último hombre en la plaza. De todas formas, las Jonte y los plateros se habían ofrecido a ayudarlo. También el rancho de los esclavos en pleno se dedicaba a la búsqueda sin que nadie se lo hubiera ordenado. Ezequiela buscó en todos los lugares donde Inés y Calixto habían compartido su infancia, murmurando plegarias a sus dioses y tratando de no cruzarse en el camino de don Ramiro.

Este estaba convencido de que su niña había escapado con "ese negro". No podía entender la clase de relación que los unía.

En medio de la conmoción del momento, Antonia y Eduardo podían verse libremente. Los muchachos ayudaban en la búsqueda. Antonia dijo:

—Ayer, cuando te estaba esperando...

—Sí. ¿Qué pasó?

—Nada. Me pareció oír unas voces de niños en el patio. Te confieso que me asusté, creía que había algún duende...

Eduardo pensó rápidamente. Fueron a la casa de Antonia y rastrillaron el patio lleno de barro hasta que el joven encontró una pista: era la campanita de Inés, el juego de payana que él mismo le había regalado.

Era necesario avisarle a don Ramiro del hallazgo. Pero Antonia tuvo miedo.

—¿Qué le vas a decir, Eduardo? Si le confesás que yo te puse sobre la pista va a terminar descubriendo lo nuestro...

—No me importa. Creo que ya es hora, mi linda.

Así decidido, Eduardo se presentó ante don Molina, que estaba de pie en la cocina tratando de tragar un caldo que le había preparado una de las esclavas. El hombre estaba pálido y demolido, como si hubiera envejecido de golpe. Eduardo tuvo piedad de sus ojeras y los cabos de su barba que empezaban a tener algunas canas.

—Padre. Tenemos un rastro de la niña.

Don Ramiro se frotó los ojos, cansado.

—Por su bien, espero que esté muerta antes que deshonrada por un esclavo.

—No seas así. Yo no quiero que Inés esté muerta. Ya bastante tuvimos con mamá.

Don Ramiro corrió lentamente una silla tapizada y se sentó.

—¿Qué encontraste, hijo?

—Un juguete que le regalé —dijo, enseñándole la campanita manchada de barro.

—¿Y dónde estaba?

—... En el patio de las Jonte.

Don Ramiro pareció avivarse de repente.

—¿Y qué hacía ahí, si puede saberse?

A la cocina entraron Antonia y Ezequiela. La negra estaba desencajada.

—Don Ramiro, los niños están con Mamá Kalunga —dijo.

—¿Qué decís, loca? ¡Sacame a esta barragana de adelante, Eduardo!

—Escúchela, don Molina. Ella puede conducirnos a Inés —dijo Antonia.

—¿Y a usted, mocita, quién le dio vela en este entierro? —dijo don Ramiro con gran

grosería. Eduardo se volvió hacia ella y le puso una mano en el hombro.

—No le hables así a mi prometida, padre.

Don Ramiro agarró la taza de caldo hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Estaba tan contrariado que apenas podía hablar.

—Padre.

—Retirate, Eduardo.

—Padre, se vienen otros tiempos...

—¡Retirate, impío! ¡Te voy a desheredar!

La negra Ezequiela se adelantó, tomó la taza de caldo de las manos de su amo y la estrelló contra el piso.

—¡Ya basta! —gritó—. ¡Aunque sea por una vez, escuche! ¡Mi hijo y su hija se quieren!

—¿Qué decís, sarnosa...?

—Ellos se fueron porque usted no los dejó estar juntos... Porque tuvieron más coraje que el que tuvimos con Teobaldina...

El semblante de don Ramiro se puso lívido.

—¿Cómo osás decir en voz alta el nombre de mi esposa?

—Yo la nombro todo lo que quiero, don, porque ella era mi amiga. Fuimos amigas

desde que nació y hasta que se murió... Hasta que cruzó la Kalunga para reunirse con Dios...

Don Ramiro estaba furioso, pero no hizo ademán de callarla. Antonia se acercó a la negra y la cubrió con su propio rebozo.

—Hablá, Ezequiela... —dijo—. Contanos todo...

La negra se limpió las lágrimas con el antebrazo y habló con gran ternura.

—A mí me trajeron bozalona a la casa de la niña Teobaldina cuando ella ni siquiera había nacido. Yo tendría cuatro años, estaba lista para pasar el plumero, para cebar mate y para los coscorrones... Cuando ella nació cambió mi vida. Me pusieron a cuidarla, pero Teobaldina no era como los otros. Ella siempre supo ver más allá de los colores. Y crecimos juntas. Hasta teníamos un lugar secreto para jugar, un lugar de nosotras, una Kalunga donde nada nos era prohibido...

Eduardo estaba llorando a su modo, en silencio. Él recordaba a su madre exactamente así, dulce y generosa con todos. Antonia notó su tristeza y le acarició los hombros

sin importarle que don Ramiro estuviera allí presenciando la escena. Pero el hombre parecía ausente: sus ojos vidriosos miraban sin ver a la esclava, que seguía hablando...

—El día más alegre de mi vida fue cuando lo tuve a Calixto. Ella me prometió que cuando naciera su segundo niño nuestros hijos iban a ser amigos a la vista de todo el mundo... Pero así es la Kalunga, como la marea. A una alegría grande viene una enorme pena. Y después de nacer Inés...

Después de nacer Inés, Teobaldina había muerto de fiebres.

Antonia se acercó a la Ezequiela y la abrazó. Eduardo las abrazó a las dos, su cara llena de acné cubierta de lágrimas.

En ese momento entraron a la cocina Miguel y Juan de Dios Rivera. Venían con un paquete embalado, protegido con telas para guardarlo de la lluvia. Era el retrato de Inés.

Lo desembalaron en la mesa. Don Ramiro vio a su hija más hermosa que nunca, casi adolescente con ese pelo levantado y esos aros en forma de lágrima, iguales a los que él le había regalado a Teobaldina cuando se

prometieron. Se echó a llorar mansamente, aceptando el apretón de manos que le dio el pintor condoliéndose por la desaparición de la niña.

—Es igual a mi esposa... —murmuró don Ramiro—. Hasta han sabido imaginarse los aros que usaba...

—No los he imaginado. Su hija me dijo que se los pintara. Estos son —dijo Miguel sacando el alhajero repujado de cuero.

Ezequiela dio un grito.

—¡Ya sé dónde están! ¡Están con Mamá Kalunga! —repitió. Pero ahora su voz estaba llena de alegría.

14

Donde todo vuelve como la marea

En el reducto de Mamá Kalunga empezaron a flotar las muñecas, el jueguito de té y todas las cositas que el tiempo había preservado. Un barro acuoso, muy frío, hacía imposible la salida y además iba llenando lentamente el reducido espacio.

Inés y Calixto permanecían abrazados, retrepados en un viejo arcón. Inés se había cansado de gritar pidiendo ayuda y golpeando la puerta con candado que había unos peldaños más arriba, pero nadie los había escuchado.

Ahora miraban cómo las aguas subían lenta pero inexorablemente.

Los dos tiritaban, trataban de darse calor, pero en las primeras horas de la madrugada Calixto dejó caer los pies en el fango y no habló más.

—¿Calixto? —dijo Inés zamarreándolo. Pero el muchacho no abrió los ojos.

—¡Arriba, Calixto, sacá los pies del agua que te vas a congelar!

Él le corrió la mano como si estuviera soñando algo muy hermoso y ella quisiera despertarlo. Inés insistió.

—¡Calixto! ¡Que viene Mamá Kalunga!

Esta frase tuvo la virtud de avivarlo un poco. El chico abrió los ojos y miró largamente a Inés.

—¿Te acordás... del partido de payana... que te gané... por las malas?

—¿Qué decís, Calixto? No delires...

Ese partido los había llevado a agarrase de los pelos cuando tenían ocho años. Inés siempre había protestado diciendo que Calixto había hecho trampas, pero él sostenía que había ganado en buena ley.

—Bueno... —prosiguió el muchacho—... cuando no veías... moví la última piedrita en el piso...

—¡Tramposo! —estalló Inés, para enseguida ponerse a llorar a gritos.

Inés sintió que Calixto se dormía dulcemente en sus brazos. Tiritando angustiada, supo que se estaba yendo y se sintió más sola que nunca.

—Mamá... —dijo con el corazón transido de pena.

Un nuevo derrumbe, lejano, trajo más barro, más arcilla y piedras. Quizás se había hundido la cisterna del aljibe cegado, a miles de kilómetros de ahí, donde Inés y Calixto habían pasado la infancia...

Inés comprendió que también ella se estaba adormilando y tuvo pánico. Si se quedaba dormida no se iba a despertar jamás.

—¡Mamá! —gritó, despertando un eco sordo.

Un débil fulgor ultramarino invadió el reducto. Dulces olas de mar rompieron en los oídos de Inés. Una señora muy joven apareció ante ella. Vestía una túnica color de la

madreperla y tenía un collar de caracolas. El color de su piel iba cambiando. A veces era blanca como la propia Inés, a veces era negra como una hermosa noche en el puerto.

La aparición se acercó y le acarició las mejillas. La niña pudo encontrarse en esos ojos entrañables.

—No te lo lleves... —pidió.

Mamá Kalunga le besó la frente con ternura y luego besó la frente de Calixto con el mismo amor. Después flotó sobre las aguas barrosas que ya inundaban su reducto y se posó sobre la puerta como un suspiro.

Una luz refulgente hizo que Inés cerrara los ojos.

***

Lo siguiente que recordaría hasta la vejez era a su padre llevándola en brazos a la superficie mientras la Ezequiela, ayudada por Eduardo y Miguel Rivera, transportaba a Calixto.

Los habían encontrado gracias a los aros de Teobaldina y a la historia que Ezequiela le

había contado a don Ramiro. El reducto de Mamá Kalunga era el sótano donde la familia de la madre de Inés guardaba las telas. Habían dejado de usarlo porque tenía mucha humedad, y las niñas que en ese entonces eran Ezequiela y Teobaldina se habían apropiado del sitio, convirtiéndolo en un templo para preservar su amistad.

Bastó que Miguel usara su ganzúa de plata para abrir el candado que sostenía la cadena del sótano y todos procedieron al rescate de los chicos.

Cuando pasaron por la plaza mayor vieron que en el balcón del Cabildo había nueve hombres saludando al gentío. Inés levantó la cabeza del hombro de su padre y reconoció entre ellos al hombre joven que arengaba a los chisperos en la casa de Miguel Rivera, el Moreno aquel que había asegurado que los colores de la gente no eran más que la pura influencia de los climas.

En ese momento, sintió la ráfaga de aire de la primera vez, cuando atravesaban el pasadizo hacia el reducto de Mamá Kalunga. Entonces el alma le volvió al cuerpo y fue capaz de conducir a Calixto hasta dejar atrás el barro y el miedo. Se encontró caminando con él, paso a paso, hasta ver el extraño y bello retrato de la diosa en la pared.

Un rumor sordo, como el de una casa que se derrumbaba, llegó a sus oídos. Un alud de barro y piedra se filtró con gran violencia a través del pasadizo y el reducto comenzó a inundarse.

Índice

1. Donde aparece una luz 7
2. Donde aparece Calixto 15
3. Donde se ven fantasmas reales e imaginados 27
4. Donde Antonia toma medidas 33
5. Donde se cuenta una curiosa historia 45
6. Donde aparece Miguel 55
7. Donde se da un extraño paseo 67
8. El reducto de Mamá Kalunga 77
9. Donde hay enojo 87
10. Donde se ejercita la paciencia y aparece un príncipe 99
11. Donde se ve el asiento 107

12. Donde se ve el pozo de balde 115
13. Donde se sabe de qué se trata 123
14. Donde todo vuelve como la marea 133
Epílogo 139